

FIGARO.

PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripción: En
Búrgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado.
Números sueltos diez cents.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva,
Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon.
Anuncios y preguntas á precios económicos.

Noviembre 16.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 36.

EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE

escrita por El Bachiller Avellanado.

CAPÍTULO VII.

*De la mas extraña aventura que puede jamás
acontecer á andante Caballero.*

Al mismo terminar de la comida entró en el aposento donde estaban los convidados la señora Circuncisión, dueña mayor de su excelencia, para advertir y avisar como ya estaba prevenido y en su lugar correspondiente el servicio del café, y Sancho, acercándose pasito á la dueña, dijo:

—Sea servida, la señora limpia estrados de decirme si ese *conqué* es jabonadura ó legía para las barbas, de las que usan duques, pues hago saber á su caridad que bien lo he menester.

—¡Miren el desollado, contestó la señora, y si sabe de lindes! ¡vaya á que le eche en cola la madre que le parió y á toda su casta!

—Hermana, añadió Sancho, todo es saber si en los nidos de antaño hay pájaros ogaño, pues yó he sido de dueñas como vos, y aún un tantico mas, jabonado.

—¡Si que de tal pago he de ser merecedora, dijo doña Circuncisión, como quien cerró los ojos al Señor Marqués difunto! ¡El gran majagranzas!

Y se limpiaba el rio de sus lágrimas con el guardapié.

—¡Dueñas! dijo Sancho: ¡y lagrimicas y puchericos! ¡y dejen que cante la lastimada! ¡ni popen ni caoñen á la bendita! ¡Llegáos que la dejen ver! ¡y si es ciencia mocosa la dueñesca!

—¿Qué desconcierto es ese? Sancho, preguntó Don Quijote.

—Mio no es, dijo Sancho, sinó de esta pecadora, á quien pregunté, si por acaso en este castillazo eran en uso jabonaduras en postrimerias de mesa.

—¿Y quién os metió á vos en curiosidades tales? gritó Don Quijote.

—Sancho, interrumpió Don Luis el de los periódicos, basta que sepáis

como ahora las jabonaduras no guardan horas, sinó que por todas éllas de rondón y á que quierdes Roque se entrometen.

—Eso será, contestó Sancho, como que á hecho de alfeñique vestido de botarga, y á pequeñuelos es el poner zancos, y harbar, harbar como sastre en víspera de pascuas.

Y así habianlo llegó la comitiva de los convidados á la sala de los hayucos, en la que todo adorno y paramento era de haya, y luego al salon de las serpientes en que prevenido estaba el servicio, el cual rehusó del todo Don Quijote, así como el uso del tabaco por juzgarlos morunos y procuradores y pretextos de solaz.

—¿Y en qué anda el señor Don Luis? interrogó Don Quijote.

—Es el cultivar las letras todo mi empeño, contestó el periodista.

—Que me place, y *retorqueo*, continuó Don Quijote; quiero decir, que vuelvo, aparto y rechazo mi opinion primera que me sacó de quicio; pues que de noble varon la enseña son las letras, por las cuales así bien se miden y aquilatan la valía y poder de los estados. Y bien sabrá su excelencia como la clásica escuela es la raíz y tronco de todo fruto saznable, como que no hubo ni ha de haber efecto sin su causa, sobre que no hay salirse fuera del mundo con infundadas y locas novedades.

¿Y no podrá dar alguna muestra de su ingenio el señor marqués futuro?

Don Luis, sin mas hacerse de rogar, con grave entonacion y enfático continente dijo:

—Vea el señor Don Quijote lo que yo se decir de una gota de agua:

Del seno de esos espacios
Por donde las nubes vuelan
La limpida gota de agua
Desciende á la triste tierra:
¿Cómo esa gota ha nacido,
Ni quién hay que decir sepa
Los átomos que la forman
Ni la virtud de las nieblas?
En la hamaca de las áuras
Vapor leve se condensa,
Que á merced luego del viento

Se deshace ó se conserva.

O se une, ó se separa.

Se dilata cual se hiela.

O vuélvese nieve acaso,

O en granizo cruel se trueca.

¿Ni quién sabe dó esa gota

Va á caer? ¿sobre que hojuela

Va á posar del monte ó carmen

Del pensil ó la pradera?

¿Gota de agua! ¿gota mía

De mi lloro gota eterna,

Que así naces, que así vives

Y así das sobre la tierra!

No hielo ni fuego aleve,

Rocio benigno seas

Que apague con su frescura

La sed de las hojas secas!

—Digo, exclamó Don Quijote, que han sus mercedes descubierto un nuevo género de poesia, que bien pudieran llamar húmedo pues nace de los mismos manantiales del corazon.

—Si su merced quisiere género diferente, dijo Don Luis, aun hallára yo algo que viniera á este propósito como de molde.

—Venga, pues, sin tardanza, contestó Don Quijote, que mas no he menester sinó versos, pulso y lengua del hombre, por medio de los cuales se ve, palpa y juzga de su enfermedad ó su salud.

¿Qué es la vida? me preguntis

¿Cómo se explica ó define

Ese problema perenne

Y, tal vez, indefinible?

¡La vida!.... teatro inmenso

En que todo el mundo finge,

Dó aparece lo ridiculo

Al lado de lo sublime;

Sangriento drama que vuela

A desenlace terrible,

Que iguala al grande y al chico

A los siervos y á los príncipes;

Drama de solo un resorte

De poder irresistible

Que apláude el mundo frenético

Aun los que mas le maldicen;

Llave que abre toda puerta,

Medio tal, que bien se dice

Que hace difícil lo fácil

Y posible lo imposible;

Ídolo que el orbe incienca,

Línea de oro que divide

A la humanidad que llora

De la humanidad que rie;

Poder sin el cual el hombre

Es un ente inverosímil,
Y cual artístico objeto
Ser que ni alienta ni vive;
El dinero, en fin, el móvil,
Centro adonde se dirige
El ánsia toda del hombre
Aunque lo niegue y critique....
Y mas ya no me preguntes
Que mas no se que decirte,
Y es el hombre escaso tanto
Que al simple andar dá en su limite.

Y apenas hubo terminado Don Luis, Sancho se dió á buscar y rebuscar por todo el aposento, sin darse reposo, algo que habia menester; lo cual notado por Don Quijote, dijo:

—¿Qué es lo que buscas? Sancho.

—Busco, respondió el buen escudero, hasta una vara y media de cordel para el señor autor de esos versos, que árbol no ha de faltarle del cual se ahorque, pues no le faltó á Judas. ¡El gran judión! y fuere quien se fuere; ¡ni quién, otro tal, hubo de decirle ni enseñarle como vino al mundo para sola su diversion ó pasatiempo! ¡Y reniego de sabidurias que así dan en torpes y desalmadas! ¡bien haya la del carbonero!

—¿Qué herido me há su señoría en medio del corazon, prorrumpió Don Quijote; y esta presente he de señalar como la mas fiera de mis aventuras y desventuras! ¡Bien lo ficimos, Sancho, con salir de Atapuerca, porque vea el mundo y sepa de la andante Caballería! Hánlo y lo poséen todo estas señoras gentes, mas solo por la vía del escuálido interese; ¡ah de los azules dias en que todo se hubo de jugosos y pios corazones! Y á fé que ha olvidado su excelencia la mas sabia y necesaria cosa del mundo, la cual es que á fundamentales principios no hay ponerlos en tela de juicio como no sea para acordar su mas justa y delicada observancia; sobre todo si ellos son tales, que, como divinos, no sufren mejoramiento; ni hay quien pueda añadir quilate de pureza á la empírea caridad y su dogma sacro.

—Menos, entonces, dijo Don Luis, habrá de conformarse su merced con los dramas que llevo compuestos para el teatro.

—De comedias no poco podré decir al señor Don Luis, y de tragedias; pero de dramas nada; contestó Don Quijote. ¿Qué pues son dramas?

—No rie el drama así cual la comedia, dijo Don Luis, ni es tan fiero cual la tragedia sangrienta.

—Nada mas he menester ya, interrumpió Don Quijote; que si la griega tragedia es el teatro de los tiempos he-

róicos, como la comedia festiva lo es de todos, el drama de aquellos ha de ser que pudieran bien llamarse prácticos, cuyo caracter sea la lucha de las pasiones, no menos que la solucion de problemas graves.

—Es tan solo mi propósito, señor Caballero, dijo Don Luis, hallar un éxito.

—Siempre le hallará, su excelencia, de uno ó de otro modo, respondió Don Quijote; pero bien entiendo como su excelencia quiere significar un magnífico fin para sus dramas: y es de añadir todavía, que de los que su excelencia llama éxitos los hay de dos muy diversas clases ó especies; y son de una los atronadores y pasajeros, como de otra los tranquilos y profundos ó perdurables. Y aún es de advertir como de otras dos maneras diferentes puede caminar el poeta del teatro; ya delante ó ya detras de todo público, que es como decir, mostrando la senda conveniente, castigando al paso el vicio dominante, ó halagando las actuales fascinadoras pasiones, sobre lo que es de aconsejar prudencia consumada.

—Es mi hacer, contestó Don Luis, de tal suerte, que, hallado que se sea en buena imaginacion tal cual rudo conflicto, me doy á idear y proponer cuanto á él vaya derecho por uno ú otro medio; y de conflictos me procuro cuantos mas puedo, sobre todo para el fin de las jornadas.

Habíase bajado Sancho al patio de las caballerizas, y mientras en estas y otras cien delicadezas se andaban los caballeros, fuese el buen servidor á saber del paradero del rucio y Rocinante, los cuales halló á despecho de su estrella, como gloton en romería y trájaman en ferias; y así con ellos plácido conversaba cual si los brutos le entendieran; cuando tomándole en volandas seis campesinos le condujeron á una larga y ancha cuadra donde gran número de otros tales á grandes mesas asentados con abundantes manjares se entretenian, rehacian y regocijaban.

—¡Loado sea Dios! exclamó Sancho tomando su asiento como en el centro de la mesa, y que esto ya entiendo mas que lo otro; pues en toda verdad alimentado he la vista que no el estómago con los melindres y florestas del tinelo de sus excelencias; y por su mal nacieron alas á la hormiga; y ver y no comer peor es que el no haber; y oficio de concejo honra sin provecho, y dame albricias com-padre que yo os las mando.

—¡Y viva el gran Sancho Panza! gritó el alborozado concejo.

—Eso mismo digo, añadió Sancho, para lo cual son condicion precisa estos ejercicios y notomias que voy cumpliendo muy á mi sabor, por cuanto sobre buen cimientó ha de descansar el edificio y habilidades huera aunque las tenga el Conde Dirlos. Y decirme han sus mercedes buenamente si hay por acaso entre ellas algun dotor que se llame Pedro Recio de Tirteafuera, pues arriba en el estrado no es menester.

—No hay, señor escudero, aquí quien lleve tal nombre, sobre ser anti-güalla.

—Vean, pues, aquí sus mercedes, continuó Sancho, un adelantamiento digno de atabanza, y agora quisiera yo ser como mi amo, capaz de levantar un discurso sobre un grano de mostaza y amostazar al mas duro auditorio de la tierra. Pues, ¿y cuando habla de los montes y rios y se va por esos trigos hasta el sol y la luna y bájase de allí al mismo purgatorio, y saliendo luego de él por rendija cualquiera dá con los señores griegos y los Citas y los Traposvanos?

Así, vuelvo á decir, quisiera yo ser para manifestar á vuestras magnificencias con que gran razon desaparecieron de la tierra los Pedro-recios, gente descomunal y acabadora y no necesaria, dado que cada cual se sabe lo que mas le viene en gana, sin que Tirteafueras le deshagan con leyes postizas; sobre que yo me sé que no hay Don Pedro Recio tasaador y portero de agenos estómagos que no sea delfin de océanos de vianda. Y todos estos Pedros son recios que reducen á gobernadores, bien que sean de insulas baratarías, á papel sutil y delicado.

En esto llegaron dos labriegos á Sancho Panza, montera en mano y graciosicos como gente pintiparada á maleante, y digeron estas palabras:

—La fama, Señor Don Sancho de la Panza, que ha su merced y que no puede ser comprendida en mundos entrambos, no menos que sus honras de andantes Caballerías....

—Menos prosa, interrumpió Sancho, si llegar hemos al asunto, y bien se ve y salta como hay agora gran despilfarro en principios y maneras de discursos botos. Menos puede estar bien la salutacion y comienzo de sus mercedes, pues esta Panza es mia y no yo de élla, y eso del Don no me encaja; y si lo del *de* y del *y* buscan y se toman relamidos necesitados

por dar son y estrépito á sus ignorados nombres y no he menester altanerías tales ni sonsonetes.

—Decimos, pues, continuaron los socarrones, como tiene su merced gran traza y aspecto de diputado, y no es de perder la ocasion, que pintan calva, que ahora se ofrece á su merced de llegar á serlo.

—¡Diputado por ventura! Y díganme, que no lo entiendo; ¿que es tener cara de diputado?

—Eso es tanto, continuaron los labriegos, bien entendido su papel que repasado tenían, como ser bueno para representar un pueblo en la gran junta de enviados por todo un reino. Y de juntas tales salen leyes y hombres que gobiernen no menos que gobiernos y seguridades de derechos, sin estas previsiones perdidos ó averiados. Y queremos nombrar y diputar á su excelencia.

—Ahora me libre Dios del diablo, respondió Sancho, que estoy ya contrahecho y cocido á fuer de señoras y excelencias y de todo ese condimento y molino que engergan los señores de esta embajada, ¡ni que se me dá á mí de seguridades ni averías tales! y mas valen abrojos que capirote en el ojo y palillo de suplicaciones, y buey suelto bien se lame.

—Ha la razón el Señor Panza, dijo á esta sazón el camarero.

—Pues la razón del señor pinche, contestó Sancho, mirándole fijamente y de soslayo, es tal que se indigesta; y bien se me alcanza como hay gran tropa de gente desocupada, y el señor guisandero no va en zaga.

—¡No haya mas! exclamó un cierto ataviado de page de sala, que el caballero Don Sancho así hace como se debe, salvos sean combates de Briareo.

—Pues vuesañoría, añadió Sancho, no anda en trazas de arreglo y apostarías puede al mas solapalo. Y tomar hé á su merced, mal que le pese, del pañal que le sobra y pagarlo ha mas que en cuenta de gitano y aun sahulado.

—Conque ha de saber el señor escudero, dijo un maestresala, como ahora las leyes así son obra de monarcas como de pueblos que hayan los primeros de cumplirlas; pues, dado caso que aquellos quieran y sepan hacer del mejor modo, aun dicen ser menester disipar la niebla de la distancia y de la altura que estorba la vista no menos que el oído; á lo que son de añadir las telas de las arañas tejedoras y cantores de adulaciones

muchas, con lo que antes llegan á lo alto los sonos de las fiestas que lloros y llantos de desgraciados. Y cuentan de la verdad que en el su día primero de ir á los alcázares mas levanta los, fué de ellos despedida y apellidada mentira, puesto que esta señora habíase tomado el traje y modos de su contraria; y así ni aun en la calle la querían, y ánlase aun por amor de Dios por esos campos, sin hallar posada si quiera, por causa de la orden y mandato de destierro que en su contra mandaron y exten lieron.

—De ese modo ya lo entiendo, dijo Sancho, y así fué en mi Barataria; y advierto como sus mercedes viven avisados y es madre de la ciencia la experiencia, y de arañas me libre Dios, y buenos hombres hay pero sastres malos.

—Pues ya que los tiempos son de esta manera, y leyes hacen pueblos, no hay mas sino haber de escoger varones que las propongan y determinen, dalo que todo hombre no ha de meterse á un tiempo en este asunto, lo cual, conoce su merced, hiciera un gallinero.

—No me parecen mal esas gallinas, dijo Sancho.

—Así pues, prosiguieron los campesinos, es menester que su merced sea quien represente este contorno, y tal es el encargo que tenemos.

—¿Y cuanta renta vale el tal encargo? preguntó Sancho.

—Ninguna, respondieron los labriegos.

—Pues de ese modo, añadió Sancho, déjenme pensar y mascar este gran negocio, que no llevará ni puede llevar prisa alguna, puesto que no le aguja el interese. Ni ambiciosos ha de haber el tal asunto.

—Errado ha su merced de medio á medio, replicaron los del campo, pues si ahora en solo un punto no tomare su merced resolucion irrevocable, mañana será ya tarde para remediarlo, que cerca ánsia grande este trato.

—¿Qué me confunden sus mercedes que me derriten el seso! prorrumpió Sancho. Ni ví jamás tal gentileza y bizarría, si no es que gato, y grande, haya aquí encerrado, y la ocasion ofrece sus gudedas, ni todo es vero lo que suena el pandero, y al enhornar se hacen los panes tuertos.

—Va enderezando, su merced, dijeron los labriegos.

—Pues esperarme han sus mercedes un tantico, que hay necesidad de por medio, y así haré como hacerse pueda y deba.

Y con esto fuese Sancho á buscar á Don Quijote, al cual halló solo paseando mesuradamente el aposento; pero así como el escudero quiso comenzar su habla, que no fué tan presto, sentose el caballero en un ancho sillón de brazos y comenzó á decir de esta manera.

—Bien escribieron sábios, Sancho el dichoso, como no es la fortuna de los que la buscan sino de aquellos que por ventura se dan con ella; y sacó yo aquesto agora de esa tu conversacion que hubiste con los villanos y escuché muy á mi sabor por esa ventana, buscado que hube modo para ello. Tu naciste para la fortuna, yo para la desgracia; tu das con aquella cara á cara sin intentar hallarla; yo me consumo en la afliccion, el ánsia y la congoja.

Y agora, hijo, ven y dame tu mano porque grande obra hiciste y digna de nota; que aquel que para hacer se procura consejo, oye, solo anhela el bien y así vence la pasion ambiciosa, aun exponiéndose al tormento de ser contradicho, bien merece el puesto y lugar incomparable para el que le han buscado. Si obraras por vanidad y codicia hasta aquí no hubieses subido agora, Sancho el prudente; y escucha y está atento, que es muy diversa esta ocasion de aquella en que fuiste á gobernar la Barataria. Ni hombres ni tiempos son los mismos.

—Pues si su merced, contestó Sancho, va de esa manera tristonía y truculenta, y así sigue ahuecando y socavando su voz mi señor Don Quijote, y se muestra y sigue tal rigoroso y airado, cuente conque el suceso va á dar en puchericos.

—No puchereémos, Sancho, dijo Don Quijote, y vamos al caso. Lo primero que has tener presente, es tu propia persona; pues no hay tan difícil cosa como verse, y aun despues de verse el encontrarse; y meditar debes luego si es tu fuerza bastante á sobrellevar el grande peso que á echar vas sobre tus hombros, el cual no es solo de tu grave encargo, sino mas bien el de la mole y balumba de lazos y violencias que contra tí han continuos de asestar sus malas artes. Los de abajo han de quererte uno y los de arriba otro; ni aquellos han de estimarte jamás bastante, si quier cual las estrellas del cielo te multiplicares, y estotros han de asomarte al alto corredor de la misma cúspide de su estancia, por ser experimentado y estimado hartó cuan pocas ca-

bezas son las que en la altura no se amedrentan, y desvanecen y tuercen y desatinan.

Si fueres ambicioso darante á escoger las dignidades, si avaro lo que supiere contentarte; si amante de la ciencia inventarán sabidurías; si palabrero harán de tí un Marco Tulio ó un Demóstenes; si amante de placeres darante á Capua, mas todo de aquel modo mas encubierto; y creeráste afortunado al mismo borde de tu abismo de la floresta de un paraíso todo adornado. Saber es verdadera sabiduría hasta donde, y no mas, la vocacion del Cielo llega, y desde donde el hombre la traspasa, por lo que ser y permanecer has cual isla de los mares firme contra el combate de todas ondas. Muchos guerreros hubo, Sancho el bueno; y poderosos y afortunados y potentes muchos, mas solo se cuenta bien de un Cincinato, y aun dicen si fué mitho mas que hombre.

Tú, escudero leal, no sabes cuanto estudiaron y entretregieron la lisonja y la ambicion proteas, ni cuan rica y opulenta sea el habla humana en labios de interesados aduladores; hay quien llama recreos á los infames placeres y justicias las criminales usurpaciones. Entre tus deberes mismos y tus propias manos paseará su rostro la hermosura y han de llamarte en alto son imbécil si no la contemplares; y así como el que veloz cual pensamiento surca y rasga la tela de los mares mirar, á cuan lejos pudiere, si no ha de perder el seso y dar consigo en tierra, así, Sancho, jamás los tus ojos del alto Cielo apartar debes, sin lo cual no hay saber como pudieres arribar en tal viaje.

No es, Sancho, subir á lo alto camino de la India sino llegar á sitio de tormento en bien de todos pueblos y todas gentes; ni he de decirte como obraste sino cuando volvieres, pues está toda la gracia de este negocio en su salida. Sabe como no hay satisfaccion de orgullo, ambicion ni de avaricia que compararse pueda al amor de tus hombres gobernados, ni triunfo cual aquel que consiguiere con la abnegacion y la prudencia. Had de modo tal que tus amigos te bendigan y se llenen de confusion con tus beneficios tus enemigos, salva que sea siempre la ley de tu justicia; y que admiren unos y otros tu consecuencia. Veleta que se mueve á todos vientos juguete es de vientos y tormentas; efímero todo antojo satisfecho, dardos los crueles recuerdos de la injusticia, ficcion el contentamiento de gustos y placeres. Ni fies de tí mismo, pues si ojos hubiste para verte muchos mas há todo un pueblo para mirarte. Sea la incontrastable magnanimidad tu virtud directora que crezca aun á la medida de tu encumbramiento, pues de otra suerte quedarás en todo pequeño y medir has todo asunto por tu pobreza. Renuncia, antes que electo fueres, todo vicio, olvida tus odios todos al enaltecerte, y así limpio procura tu fortaleza, sin soberbia ni miedo, grave y modesto.

—¡Pues digo, (exclamó Sancho,) si son pocos los salvo-conductos que su merced me ha enajado para no olvidarlos, y si son mínimos los alminículos de este caro gobierno, que no baratarío; y así bien digo y enajo que si los señores procuradores de todos pueblos han por necesidad de tener todo ese catecismo en su memoria y guardarle como ley sin desmanlarse, para mi santiguada que no se halle uno para remedio, y vaya al diablo embelecido de tantos menesteres. Pues á mi se me hace y alcanza bonicamente, como esté en su punto y alquimia el que los villanos tengan, guarden y cumplan leyes que les impusieren, pues son villanos; mas el que manda ha de haber su gobierno por premio, descanso, y antes por regocijo que por penitencia, ni de otro modo sé pensar que cosa sean señores ni excelencias. Y yo daré al traste y al diablo con gobiernos que traba tanta y tropezon lleva consigo; y si das en tal rascar quedar has en los huesos, y á tal estrechar del camino echar han por lo sembrado.

—Porro naciste, Sancho, y gran porro vivirás donde quier que te encuentres; pues, ¿qué premio ni placer has de hallar como tu sueño tranquilo? ¿Qué galardón comparable al agradecimiento y bendicion de los pueblos que protegiste ó salvaste de su ruina, ni qué satisfaccion mayor imaginarse puede que la muerte del abuso, el reinado de la justicia, el crédito de la hipocresia, el afianzamiento del buen derecho y las lágrimas de la gratitud del infelice mendigo?

Mas si prefirieres el descanso ó el ocio, el boato, el fausto ó la ambicion y la avaricia insaciables, dí, Sancho, á los que abajo esperan que no te esperen y no serás la peste de los pueblos. Antes de eso dí á la luz del mundo que juzgas y eres y no te tacharán de alevosía. Adelantadas mucho que estén las malas artes, aun el honor, el deber, la virtud han de guardar su gerarquía y levantar su trono ante la faz augusta de los orbes.

—Pues ahora es mi sentir y juzgar como son los mas grandes badulaques cuantos se enredan y desviven por trepar á lo alto, y tantos los que con su bajeza no se contentaren; pues, en Dios y en mi ánima que es mas llano y de mas valía buen nombre que riquezas muchas, y un honrado pan vale por ciento.

—Falta, con todo eso, á esa razon otra, repuso Don Quijote sosegadamente, y apuntarla has sin mas tardanza; pues visto de un solo lado este negocio ni hubiera quien se alzase de su vileza, ni quien rigiera los destinos de las asociadas gentes ó naciones; y así fué el inventar y averiguar si habia en tí vocacion verdadera, la cual si te hallares en tu persona, has de tener por llamamiento del mismo Cielo. Pues hay quien en lo humilde de su condicion que hacer no sabe y se halla como á la mano las grandes cosas; quien no se entiende en lo menudo y filigranado y se ve como en su propio lugar y natural sede al ascender á altas regiones de su génio; y de estos tales, si no se malearen, digo qué es el gobierno de los pueblos.

—Pues siendo de esa manera, contestó Sancho, cuente vuesa merced como salimos al cabo y triunfantes de esta esquinada aventura, pues no sa-

be bien todavía el señor Don Quijote cuanto se dá á mi el mandar y ordenar y hombrar sobre gentes muchas y en hacerlas ir á aquello que me viene en gana. Y así es como sueño muchas veces ser rey que dispone y determina; y es de notar el modo y maña de mi gran salir de toda empresa. Por donde le saco, enhebro y deluzco que si de tal manera me ando dormido que tal me sabré portar despierto; á la que es de añadir la buena experiencia que supe alcanzar en la Insula Barataria.

—Pues, ó mal se me acuerda, replicó Don Quijote, ó no debiste salir muy madralo de tal gobierno.

—Todo podría ser, añadió Sancho; mas con todo eso me se hallar miel, y aun muchas mieles en eso de mandar, bien que fuere un ható de ganado, y hacer todo mi antojo. Sobre que ha de saber su merced como ya no hay doctores Pedro Rocios, y las cosas todas son de otra manera; ni hay confundir jaeces de caballos con alburas, ni sesos, librenos Dios, con requesones.

—Conócesete bien tu ambicion labriega, dijo D. Quijote.

—¿Y en qué lo conoció su merced? preguntó Sancho.

—En la longitud, abundancia y pomposidad de tu discurso, respondió D. Quijote, que sobrepaja á cuantos te tengo oídos, y aun todos tus alcances; por lo cual es mi parecer que te dejes hacer procurador público, pues es tu remedio único el escaramiento. Y escucha las frases pocas que ya restan.

Sancho: no quieras jamás llegar ni estar en lo alto á fuerza de especiales gracias que dispenses; esto fuera comerciar á costa del Estado, que ni es ni ser puede patrimonio de osadías, y el escándalo causado habríantele de arrojar á la cara cuando menos lo pensares. Es tal conducta grande usurpacion y mengua de las gentes honradas y la causa del desmayo de los sábios.

No te hagas traficante de negocios si no quieres llegar á ser mercadería.

No fundes otro mayorazgo que tu renombre de justo y sabio, que es el que jamás sale de la familia.

Vive sin orgullo ni opulencia y no te tasarán tu gerarquía y hacienda.

No juntes á pensar en compañía si estimar sabes bien tu libre albedrío.

Se moneda de ley en todo caso y no serás clavo lo en mostradores.

No quieras ganar méritos por la grave afectacion de tu semblante, porque el de la virtud tan solo impone, y el dictámen de ignorantes no te interesa.

Ni te asuste el silencio en que el mundo ha de enterrar tu sabiduría pues es la celosa rivalidad madrastra de la tierra.

Ni culpes á las gentes en demasía, pues no han, en verdad, mas culpa que su heredada ignorancia, en parte no escasa.

En esto iba la conversacion del caballero y escudero cuando sintieron y se oyeron las voces de la impaciencia de los comisionados que esperaban la respuesta de Sancho; por lo que éste bajó al patio en cuanto que hubo besado humilmente la mano al Señor Don Quijote.

Imp. de la viuda de Villanueva.